

ximamente, sino también como un esfuerzo por promover una cultura de respeto hacia los homosexuales en México, asunto que le había preocupado mucho, y con razón, a lo largo de su vida adulta. No es imposible que, después de este primer experimento (con el que estaba tan ilusionado), Manuel hubiera vuelto a hacer algo parecido con la obra de otros poetas admirados por él. Finalmente, hay que mencionar que tenía en preparación, en su papel de Presidente del Pen Club de México, un gran Congreso Panamericano de Escritores programado para celebrarse en la ciudad de México en el año 2002. Ojalá y su muerte tan inesperada no impida ni la celebración del congreso, ni la continuación aquí de las otras actividades y aspiraciones del Pen Club con las que se sentía tan estrechamente identificado.

Me he referido al hombre público, al crítico y al poeta. Pero no puedo terminar sin hablar también del amigo. Aunque para hablar del amigo, hay que volver a hablar del poeta. Porque, como lo sabían todos los que contábamos con su amistad, Manuel hacía de la amistad algo tan entrañable como su propia poesía. Y es que era uno de esos pocos seres en el mundo de los que se puede decir, sin exagerar, que viven en estado permanente de gracia poética. En su compañía, bajo un pretexto cualquiera, todo podía cobrar un valor o una intensidad distinta, las cosas más inverosímiles de repente se hacían posibles, inmediatas, tangibles casi. «La palabra», escribió alguna vez, «sale de la pluma / como el conejo del sombrero de un mago / astronauta que se sabe sola y sin peso / suspendida en una línea / en el espacio»... Y así ocurría en su conversación no menos que en su poesía. Claro, no a todo el mundo le gustaba entrar en el mundo mágico al que Manuel les invitaba, pero quienes aceptábamos la invitación, estábamos seguros de pasar un rato inolvidable, era tal la fuerza de su imaginación, tal el ímpetu de su generosidad personal. Y cuánta gente pasó por su casa: desde Octavio y Marie José Paz, Severo Sarduy, Haroldo de Campos, Gabriel Zaid, Ramón Xirau, Homero Aridjis, José Luis Cuevas y José Ángel Valente hasta el más tímido estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras. La realidad, con sus inconveniencias y sus pequeñeces, poco podía frente a él. O así pensábamos hasta el domingo pasado, cuando, de repente, encarnada en el mar, la realidad finalmente tomó su venganza. Pero ¿para qué?, nos hemos preguntado todos, incrédulos ante la noticia. Para nada, nos contesta el mar, para nada.



Palacio de Mira Flores. Caracas.